

# La personalidad de Leonardo Polo

*The Personality of Leonardo Polo*

---

**JUAN FERNANDO SELLÉS**

Universidad de Navarra  
ORCID: 0000-0003-1839-1276  
jfselles@unav.es

RECIBIDO: 6 DE AGOSTO DE 2019  
VERSIÓN DEFINITIVA: 8 DE ENERO DE 2020  
DOI: 10.15581/013.22.15-33

**Resumen:** En este trabajo se expone la personalidad de Leonardo Polo de acuerdo con 234 testimonios más el propio del autor, y se expone en tres ámbitos: el familiar, el del plano de la amistad y el laboral o profesional.

**Palabras clave:** Personalidad, Leonardo Polo, Ámbitos: familiar, de amistad, profesional.

**Abstract:** In this work the personality of Leonardo Polo is exposed according to 234 testimonies plus the author's own, and is exposed in three areas: the family, the plane of friendship and the professional.

**Keywords:** Personality, Leonardo Polo, Fields: Family, Friendship, Professional.

## PLANTEAMIENTO

Leonardo Polo distinguió realmente entre ‘persona’ y ‘personalidad’. La primera responde a la pregunta por el ‘quién’ que uno es. La segunda, en cambio, a la manifestación del ser personal ante los otros. Según el modo filosófico clásico de decir, se trata de la distinción real entre el *acto de ser* personal y la *esencia* del hombre. El yo lo conocemos bien, porque lo formamos nosotros, pero la persona que somos y estamos llamados a ser la conocemos escasamente, pues como Polo decía, ‘conozco mi yo, pero quien soy sólo lo sabe Dios’<sup>1</sup>. La persona es el sentido personal que cada quien es y está llamado a ser, el cual remite a Dios, mientras que la personalidad es la manifestación –u ocultamiento– de ese sentido personal ante los demás.

La persona es nativa y creciente; es –en terminología tomista– el *acto de ser*, mientras que la personalidad, que es en buena medida adquirida<sup>2</sup>, es del orden de la *esencia* del hombre. La persona es el tema de la *antropología trascendental* que mira a la intimidad. La personalidad, en cambio, es tema de la *psicología*, y asimismo, de ésta reforzada por la *ética*, o disminuida por la falta de ella. La psicología y la ética no equivalen a la antropología trascendental, pues son segundas respecto de ella. La personalidad, según Polo, tampoco equivale a la *naturaleza humana* recibida, es decir, al cuerpo humano –aunque se manifieste a través de él–, porque éste depende de aquélla, en rigor, del alma o *psique* humana y asimismo del reforzamiento ético de ésta. En suma, para

<sup>1</sup> También por eso cabe indicar con sus propias palabras que “la fórmula ‘yo sé quién soy’ es incorrecta, incluso ridícula”. Polo, L., *La persona humana y su crecimiento*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XIII, Eunsa, Pamplona, 2015, 96. “¿Cómo me llamo yo? Eso lo conoceré cuando conozca como soy conocido y mientras tanto no acabo de conocerme”. Polo, L., *Conversaciones sobre Antropología*, agosto de 1996, pro manuscrito, 186. A esto último se refiere “el *Apocalipsis*: ‘al que venciére le daré una piedrecita blanca, en que está escrito su nombre’. Un nombre que él solo conoce. Mi propio nombre lo sabe Dios. Yo no me llamo Leonardo Polo –nos decía–, yo me llamo con el nombre divino que Dios me da. Ese responde al ‘*Ego vocavi te nomine tuo, meus es tu*’”. Polo, L., *Conversación sobre Antropología*, 9.

<sup>2</sup> En cambio, en Cristo, la personalidad no fue inicialmente creada ni adquirida, sino asumida “¿En qué se distingue el hombre de Dios? ¿En su esencia o también en su acto de ser? ¿Y qué es el acto de ser? La *persona*. Como ya hemos señalado, en Cristología se podría oscilar entre el monofisismo y el nestorianismo. Admitir una sola naturaleza, confundir las dos naturalezas o admitir dos personas: la personalidad humana –puesto que Cristo en cuanto tal es hombre– y la Persona divina”. Polo, L., *La esencia del hombre*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XXIII, Eunsa, Pamplona, 2015, 93. De las personas divinas, sólo en Cristo cabe hablar de distinción entre Persona, que es divina, y personalidad, que es humana. De ahí que a quien más nos parecemos en la Trinidad es al Hijo.

Polo, persona equivale *espíritu* o *persona* y ésta es realmente distinta, por superior, a su *alma*. Para él, la persona tampoco es su *cuerpo*, pues aunque Kant o Merleau-Ponty hayan hablado de un ‘yo sensible’, él sostuvo que éste no existe<sup>3</sup>; además, el desarrollo de la personalidad no es pura consecuencia del crecimiento biológico, sino de la interacción manifestativa con los demás hombres.

La distinción real indicada es sencilla: la persona o intimidad mira a la realidad personal superior a ella, a Dios; en cambio, la personalidad mira hacia lo inferior a la persona, a saber, a los rasgos manifestativos propios y ajenos y a las realidades intracósmicas. “Persona –escribe Polo– alude a muchos significados –todos ellos trascendentales–, pero ante todo significa *irreductibilidad*, es decir, *quién*. *Quién* es coexistir irreductible. Se puede hablar de ‘quién’ en universal; pero su consideración como universal no es la persona (sino en todo caso, la ‘personalidad’; pero la personalidad no coexiste)”<sup>4</sup>.

Pues bien, dicho esto, lo que a continuación se intentará describir es la *personalidad* de Leonardo Polo, no obviamente su sentido personal, pues sólo Dios puede juzgar la intimidad de cada quién. Que ambas dimensiones del hombre están aunadas se ve claro si, como en el caso de Polo, la personalidad es fiel manifestación del sentido personal, aunque obviamente, éste trascienda majestuosamente las manifestaciones humanas. Además, se intentará esbozar sin seguir los patrones vigentes en psicología, que suele distinguir las diversas personalidades según tipologías, pues Polo sostuvo que cada persona destipologiza en buena medida su personalidad psicológica mediante los hábitos intelectuales adquiridos –de los que él estuvo muy dotado– y por medio de las virtudes; en rigor, mediante la ética<sup>5</sup>, campo en el que destacó y no poco.

Por otra parte, de su *corporeidad* sólo indicaré brevísimamente lo que otros testigos señalan en el reciente libro de testimonios<sup>6</sup>: que era alto, grande, fuerte, de frente prominente, casi calvo desde bastante joven, de mirada

<sup>3</sup> “A algunos esa idea les ha pasado por la cabeza; a Merleau-Ponty, por ejemplo; Kant también habla de una especie de yo sensible. Pero no; no existe un yo sensible; no existe una subjetividad, una personalidad sensible”. Polo, L., *El conocimiento del universo físico*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XX, Eunsa, Pamplona, 2015, 341.

<sup>4</sup> Polo, L., *Presente y futuro del hombre*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. X, Eunsa, Pamplona, 2015, 353.

<sup>5</sup> Cfr. Polo, L., *Filosofía y economía*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XXV, Eunsa, Pamplona, 2015, 439.

<sup>6</sup> Cfr. Soriano, G., Zorroza, M. I., Castillo, G., Sellés, J. F. (Eds.), *Filósofo, maestro y amigo. 234 testimonios sobre Leonardo Polo*, Eunsa, Pamplona, 2018. En adelante, las citas que no contengan más que los apellidos del autor, se refieren a uno de los testimonios contenidos en este libro.

profunda tras unas gafas de gruesos cristales; de porte señorial<sup>7</sup>; un tipo que imponía<sup>8</sup>, siempre vestido elegante<sup>9</sup>, con chaqueta, corbata, gabardina clara y boina negra, es decir, con aspecto de anciano venerable<sup>10</sup>, y con un cigarrillo entre sus manos la mayor parte de su vida<sup>11</sup>.

Para bosquejar seguidamente su personalidad se atenderá a tres ámbitos: primero, al más importante, el *familiar*; segundo, al del plano de sus relaciones de *amistad*, y tercero, al *profesional*. En este cometido se tendrán en cuenta dos fuentes: en primer lugar y con mayor amplitud, los testimonios de los demás, y en segundo lugar, y escuetamente, el propio, fruto de mi copioso trato personal trato con él. Respecto de esta segunda fuente cuento con una rémora, a saber, que otras personas conocieron a Leonardo Polo tanto o mejor que yo. Por lo que me veo en la incorrecta posición de trazar de ‘vender miel al colmenero’. De modo que de buen grado les dejaría mi lugar a ellos y me escondería en el anonimato. Pero como el organizador del evento de la Presentación de la Serie A de las *Obras Completas* de Leonardo Polo, a saber, Juan A. García, me ha pedido que escriba sobre la personalidad de Polo, aunque sólo fuese por mi amistad con él, no está bien negarle mi colaboración. Con todo, vayan mis disculpas por adelantado.

## 1. LA PERSONALIDAD DE LEONARDO POLO EN EL ÁMBITO FAMILIAR

Leonardo Polo habló siempre bien de sus padres y hermanos. Si se lee con atención su libro más sencillo, *Ayudar a crecer. Cuestiones de filosofía de la educación*<sup>12</sup>, se nota enseguida que lo que ahí indica acerca de los diversos miembros de una familia es fruto de su trato personal con los suyos, a lo que añade, eso sí, su propia y honda fundamentación filosófica. Quienes le han entrevistado sobre temas de familia, destacan su aprecio por la unión familiar, el respeto por las personas<sup>13</sup>, en especial por los niños y mayores, la com-

<sup>7</sup> Cfr. *ibidem*, Hernández Urigüen, R., 529; Valderrama, J. C., 532.

<sup>8</sup> Cfr. Navas, A., 381; Rubio, M., 467; Zorroza, I., 558.

<sup>9</sup> Cfr. Sambataro, P., 475; Sesma, P., 525.

<sup>10</sup> Cfr. Zorroza, I., 558.

<sup>11</sup> Cfr. Aguilera, J. C., 45; Braña, J. A., 98; García Cuadrado, J. A., 206; Nubiola, J., 382; González Enciso, A., 240; López Padilla, J., 300; Martínez Sáez, S., 326; Zorroza, M. I., 557.

<sup>12</sup> Cfr. Polo, L., *Ayudar a crecer. Cuestiones de filosofía de la educación*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XVIII, Eunsa, Pamplona, 2019.

<sup>13</sup> Cfr. Pintado, P., 423; Polaino, A., 430; Ponz, F., 435; Rubio de Urquía, R., 465; Sanguinetti, J. J., 486; Súnico, J., 530; Urabayen, J., 532.

plementariedad de tareas y funciones de los diversos miembros de la familia, su defensa de la vida y su considerar a la familia como el generador de la sociedad<sup>14</sup>.

A lo que precede hay que agregar que, por ser miembro numerario del Opus Dei, las personas con las que de ordinario convivió en las residencias de la Obra conformaban para él una nueva familia de vínculos sobrenaturales. En este ámbito, los que con él residieron destacan que era de trato fácil y agradable<sup>15</sup>; asimismo, su amabilidad en las entretenidas conversaciones<sup>16</sup>, su fino y gran sentido del humor<sup>17</sup>, su sintonía, aprecio y cariño filial al fundador del Opus Dei<sup>18</sup> y al Prelado de la Obra<sup>19</sup>, su penetración en el espíritu distintivo de esta institución de la Iglesia católica<sup>20</sup>, su atención –con mirada aguda y cariñosa<sup>21</sup>– a lo que decían los demás –atención que también prodigaba a sus amigos, colegas y alumnos en el ámbito profesional<sup>22</sup>– y su unión con los que hacían cabeza<sup>23</sup>.

<sup>14</sup> Cfr. Moscol, R., 365-366.

<sup>15</sup> Cfr. Molano, E., 347; Pastor, J., 403.

<sup>16</sup> Cfr. Abruña, A., 39; Molano, E., 345; Peña Vial, J., 412; Rodríguez Rosado, J. J., 448; Urabayen, J., 531; Vélaz, I., 542.

<sup>17</sup> Cfr. Alarcón, E., 50; Camey, C., 110; Colbert, J., 125; Doral, J. A., 159; Falgueras, I., 169; Fernández, F., 174; Fernández, S., 177; Flaquer, J., 188; Fontana, A., 191; Gómez Cantero, J. A., 236; Hernández Urigüen, R., 259; Hervada, J., 264; Lombo, J. A., 288-289, 293; López Jurado, B., 301; Martí, M., 313; Martínez, M., 324; Mendz, G., 328; Miralbell, I., 337; Molano, E., 345, 347; Monterde, R., 358; Murillo, J. I., 371, 375; Pastor, J., 406; Pintado, P., 426; Polaino, A., 431; Rodríguez Sedano, A., 446; Romera, L., 450; Sagües, J., 469; Sanguinetti, J. J., 486; Sanz, V., 491; Urabayen, J., 531; Vargas, C., 535; Vélaz, I., 542; González Álvarez, A. L., 630.

<sup>18</sup> Cfr. Baturone, L., 85-86; Braña, J., 97; Collado, S., 127; De los Ríos, R., 145; Doral, J. A., 159-161; Falgueras, I., 169-170; Gallego, J. A., 202; García, J. A., 209, 212; Hernández Urigüen, R., 260; Molano, E., 347; Murillo, J. I., 378; Nubiola, J., 383; Pintado, P., 425; Ponz, F., 434; Prieto Álvarez, N., 438; Rodríguez Sedano, A., 445; Romera, L., 452; Rospigliosi, J., 459; Sanguinetti, J. J., 486; Santamaría, M., 487; Vélez, G., 545.

<sup>19</sup> Cfr. Alonso-Bastarreche, G., 58.

<sup>20</sup> Cfr. Corazón, R., 134; Nubiola, J., 383; Santamaría, M., 487.

<sup>21</sup> Cfr. Basallo, F., 82; Baturone, L., 86; Eguiguren, J. F., 163; García Kihn, M. A., 215; Haya, F., 255; Hita, I., 264; Izaguirre, J. M., 269; Martínez, M., 324; Molano, E., 349; Molina, F., 351; Murillo, J. I., 367; Peña Vial, J., 414; Ponz, F., 437; Rodríguez Sedano, A., 444; Rodríguez Rosado, J. J., 448; Santamaría, M., 487; Sanz, V., 492; Vélez, G., 545.

<sup>22</sup> Cfr. Alonso, A., 61; Brun, C., 101-102; Codina, M., 124; Falgueras, I., 168; Fernández, F., 172, 176; Ferreira, P., 179-180; Gallego, J. A., 201; García, J. A., 210; García Kihn, M. A., 215; García Ruiz, P., 222; García-Valiño, J., 235; Gómez Cantero, J. A., 237; González Enciso, A., 238; González Umeres, L., 244; López Jurado, B., 303; Martínez-Echevarría, M. A., 318; Martínez Acuña, M. E., 322; Martínez, M., 325; Molano, E., 347; Ponz, F., 435; Ruiz Ibáñez, J. F., 469; Urabayen, J., 531; Zorroza, I., 560.

<sup>23</sup> Cfr. Baturone, L., 86.

Añaden que disfrutaba especialmente con algunos que convivían con él, como por ejemplo, con D. Juan Jiménez Vargas (pionero de la Facultad de Medicina de La Universidad de Navarra) o D. José María Casciaro (de su Facultad de Teología), por el contraste de personalidades, el primero porque era más bien seco y no manifestaba sus sentimientos, pero era de gran corazón<sup>24</sup>; el segundo, tal vez por su amabilidad. Le gustaba estar de tertulias –a ser posible largas– con la gente<sup>25</sup>, y daba a la vida de trato familiar un tono de paz<sup>26</sup> y de alegría<sup>27</sup>, reflejo de su alegría interior<sup>28</sup>. Era paciente y comprensivo<sup>29</sup>, por ejemplo, ante el carácter a veces severo de alguien<sup>30</sup>, o ante el lento aprendizaje de algunos<sup>31</sup>, y si alguna vez perdía un poco la paciencia, enseguida sabía pedir perdón<sup>32</sup>. Era muy obediente<sup>33</sup>. En la casa cultivaba aficiones normales y muy económicas –juegos de mesa o de ordenador, lectura de novelas policíacas o de libros de estrategia militar, alguna que otra película de acción–<sup>34</sup>. Los testigos agregan que se notaba que no sólo estaba al día en las cuestiones culturales, políticas, económicas o religiosas del mundo<sup>35</sup>, es decir,

<sup>24</sup> Cfr. Doral, J. A., 158; Molano, E., 342; Ponz, F., 435.

<sup>25</sup> Cfr. Arana, J., 66; Doral, J. A., 158; García, J. A., 208; González Enciso, A., 240; González, G., 246; Guerrero, D., 252; Haya, F., 253; Illanes, J. L., 265; López Padilla, J., 300; Martín Algarra, M., 314; Moscoso, A. I., 367; Moya, F., 369; Navas, A., 380; Nubiola, J., 383; Ortiz de Landázuri, C., 390; Ortiz Ibarz, J. M., 393; Pardo, A., 400; Pastor, J., 408; Polaino, A., 431; Prieto Álvarez, N., 438; Quirós, F., 439; Rodrich, R., 444; Rodríguez Sedano, A., 445; Sagües, J., 469; Sánchez Garrido, P., 480; Santamaría, M., 487; Segura, A., 494; Vergara, J., 546; Yarce, J., 554; Gómez Veas, G., 628.

<sup>26</sup> Cfr. Múgica, L. F., 632.

<sup>27</sup> Cfr. Fontana, A., 190-192; Illanes, J. L., 267; López Escobar, E., 296; Morán, J., 360; Ortiz de Landázuri, C., 392. Ha notado su carácter alegre en sus escritos Fresneda, S., 575.

<sup>28</sup> Cfr. Ponz, F., 436.

<sup>29</sup> Cfr. Lombo, J. A., 293; Marcet, I., 311; Martínez Sáez, S., 325; Rubio de Urquía, R., 465; Ruiz Ibáñez, J. F., 469; Sambataro, P., 476; Valderrama, J. C., 533; Vélaz, I., 542.

<sup>30</sup> Cfr. Gómez Cantero, J. A., 237; González, G., 247.

<sup>31</sup> Cfr. Polaino, A., 431; Ponz, F., 435; Posada, J. M., 437.

<sup>32</sup> Cfr. Gómez Cantero, J. A., 237.

<sup>33</sup> Cfr. Hita, I., 264; Molina, F., 351; Pastor, J., 407; Rodríguez Sedano, A., 445.

<sup>34</sup> Sus aficiones fueron el ajedrez, el dominó, las cartas, las novelas policíacas, las películas de acción, nadar, la mecánica y montar a caballo en la finca de sus primos de Cuenca. Cfr. Franquet, M. J., 195; Haya, F., 256; Callejo, D., 109; Illanes, J. L., 267; García, J. A., 212; Hita, I., 264; Fontana, A., 190; Alonso-Bastarreche, G., 57; Flaquer, J., 188; Basallo, F., 82; López Escobar, E., 296; Fernández, F., 176; De los Ríos, R., 143; Falgueras, I., 165; Cruz, M., 138; García Cuadrado, J. A., 205; García, J. A., 212; Gallego, J. A., 203; López Padilla, J., 300; López Jurado, B., 301, 303-304; Martí, M., 313; Martínez-Echevarría, M. A., 318; Molano, E., 340, 344; Monge, M. A., 357; Monterde, R., 358; Pastor, J., 406; Rodríguez Rosado, J. J., 448; Con todo, fue poco deportista. Cfr. Monge, M. A., 357; Romera, L., 451; Vargas, A., 538.

<sup>35</sup> Cfr. Lombo, J. A., 289; López Escobar, E., 296; Miralbell, I., 338; Molina, F., 350; Pastor, J., 406; Vergara, J., 547; Villar, P. B., 548; Vives, R., 553; Bobadilla, F., 624.

que no estaba en las nubes, sino que su conocimiento de ellas era muy vasto<sup>36</sup>. No obstante, jamás entró a formar parte en el debate de los grupos políticos<sup>37</sup>.

Los que con él convivieron destacan también que Leonardo Polo era muy sensible, con una gran capacidad para conectar, para captar breve e intuitivamente la personalidad ajena, pues advertía su rasgo dominante, profundizaba en él y sabía manifestarlo con una palabra o expresión en la que el modo de manifestarse de esa persona quedaba retratada<sup>38</sup>. Indican asimismo que era como un niño grande<sup>39</sup>, es decir, inocente, carente de malicia. Además, como le tocó impartir medios de formación a los miembros de la Obra, medios que son reuniones de familia, se exigía en darlos con fundamentación y de modo agradable, y exigía a quienes debían asistir que asistieran<sup>40</sup>.

## 2. SU PERSONALIDAD EN EL ÁMBITO DE LA AMISTAD

Para Polo la amistad es la superior de las virtudes, y la que hay que implementar sobre las demás en las tareas profesionales, culturales, sociales, económicas, de gobierno<sup>41</sup>, por encima de las mutuas discrepancias socioculturales y políticas<sup>42</sup>, e incluso de las filosóficas<sup>43</sup>; por eso jamás incurría en burlas o menosprecios a los demás<sup>44</sup>. Esto no indica que no viviese las demás virtudes, pues era muy cuidadoso en asuntos de prudencia<sup>45</sup>, justicia<sup>46</sup>, fortaleza y templanza<sup>47</sup>, y asimismo en su gran y constante laboriosidad<sup>48</sup>, pues se puede decir

<sup>36</sup> Cfr. Ponz, F., 433, 436.

<sup>37</sup> Cfr. Ponz, F., 436. Polo defendía el régimen republicano frente al monárquico. Cfr. Saranyana, J. I., 492.

<sup>38</sup> Cfr. Molano, E., 341-342; Rodríguez Sedano, A., 445; Sambataro, P., 475.

<sup>39</sup> Cfr. Monge, M. A., 356; Peña Vial, J., 414; Pintado, P., 425; Sambataro, P., 475; Sánchez Garrido, P., 481; Vargas, C., 535; Vargas, A., 538; Zorroza, I., 559-561.

<sup>40</sup> Cfr. Corazón, R., 135.

<sup>41</sup> Cfr. Domínguez, P., 153; Ferreiro, P., 183.

<sup>42</sup> Cfr. Olivera, C., 386.

<sup>43</sup> Cfr. García Cuadrado, J. A., 205-206; García Turza, C., 228; Jaliff, A., 271; Peña Vial, J., 413; Ponz, F., 434; Rodríguez Rosado, J. J., 449.

<sup>44</sup> Cfr. Izaguirre, J. M., 270; Mannion, M., 309; Martínez, M., 324.

<sup>45</sup> Cfr. Falgueras, I., 171; García Alonso, P., 231; García Alonso, R., 234.

<sup>46</sup> Cfr. Falgueras, I., 169; García, J. A., 208; Ortiz Ibarz, M. T., 395; Prieto Álvarez, N., 439.

<sup>47</sup> Cfr. Falgueras, I., 172; Ferreiro, P., 182.

<sup>48</sup> Cfr. Falgueras, I., 171; García, J. A., 212-213; Mendonça, M., 326; Miñón, A., 334; Molano, E., 344; Moros, E., 362; Ortiz Ibarz, M. T., 395.

que respecto de pensar a su altura cualquier otro trabajo parece más bien descansar<sup>49</sup>. Sí, era una persona sacrificada<sup>50</sup>.

De su espíritu de desprendimiento baste recordar algunos detalles: uno, que renunció a varios trabajos con muy buena remuneración económica para dedicarse a la filosofía<sup>51</sup>; otro, su no quejarse por no ser seguido o tenido en cuenta<sup>52</sup>; un tercero, que estaba desprendido hasta de sus escritos, pues confiaba en nosotros de cara a su tratamiento y publicación<sup>53</sup>; uno último y pequeño, que solía ir de la universidad a casa en autobús urbano<sup>54</sup>.

Abierto a todos<sup>55</sup>, era muy amigo de sus amigos<sup>56</sup>, sacaba a relucir lo bueno de cada uno y cuando no podía alabar guardaba silencio. No criticaba, porque según decía, la inteligencia no está hecha para la crítica, ya que con ella se esteriliza; pues está diseñada para llegar a la contemplación<sup>57</sup>. Tampoco reprochó a nadie que previamente le hubiese seguido el que después de distanciarse de sus planteamientos<sup>58</sup>. Los amigos de Leonardo Polo destacan de él que le gustaba estar con los demás, independiente de su distinción de edad y ocupación<sup>59</sup>; que disfrutaba de su compañía porque era sencillo, cordial, amable<sup>60</sup>, accesible, cercano<sup>61</sup>, con empatía<sup>62</sup>; que se dejaba querer<sup>63</sup>.

<sup>49</sup> Cfr. Molano, E., 347.

<sup>50</sup> Cfr. Falgueras, I., 169.

<sup>51</sup> Cfr. Molano, E., 341.

<sup>52</sup> Cfr. Pintado, P., 426.

<sup>53</sup> Cfr. Pintado, P., 417, 425-426.

<sup>54</sup> Cfr. Aguilera, J. C., 47; Hernández Urigüen, R., 259; Moros, E., 361.

<sup>55</sup> Cfr. Vélez, G., 544.

<sup>56</sup> Cfr. Pastor, J., 407. Y sigue siendo amigo de otros que no le conocieron en vida. Cfr. Martino, S., 594.

<sup>57</sup> Cfr. Sánchez Garrido, P., 482; Sanguinetti, J. J., 486; Múgica, L. F., 631.

<sup>58</sup> Cfr. Múgica, L. F., 632.

<sup>59</sup> Cfr. Callejo, D., 110; Corazón, R., 133; Ferreiro, P., 178; Pastor, J., 403; Polaino, A., 431; Sesma, P., 525.

<sup>60</sup> Cfr. Alonso, A., 61; Bram, G., 97; Brun, C., 100-102; De la Lama, E., 141; Doral, J. A., 154-156; García-Valiño, J., 235; González Enciso, A., 240; Guasch, J. M., 251; Hervada, J., 264; Izaguirre, J. M., 269; Jiménez, J. A., 277; Lombo, J. A., 293; López Jurado, B., 304; Lozano, B., 306; Lucas, I., 307; Martínez, M., 324; Miralbell, I., 337; Molano, E., 340-341, 345; Monasterio, C., 355; Moros, E., 362; Navas, A., 380; Ponz, F., 436; Sanguinetti, J. J., 486; Sesma, P., 524-525; Soriano, G., 527; Urabayen, J., 532; Vélez, G., 544; Zorroza, I., 559, 561; Bobadilla, E., 624; Múgica, L. F., 632.

<sup>61</sup> Cfr. Jaramillo, L. F., 274; Lombo, J. A., 287; Molano, E., 345; Navas, A., 381; Ortiz de Landá-zuri, C., 391-392; Rodríguez Sedano, A., 445; Sánchez Garrido, P., 481; Sesma, P., 525; Urabayen, J., 531; Zorroza, I., 559.

<sup>62</sup> Cfr. Navas, A., 381.

<sup>63</sup> Cfr. De la Lama, E., 140.



Conocedor de su propia valía<sup>64</sup>, era muy humilde<sup>65</sup> y estaba siempre disponible<sup>66</sup>, ya que era muy generoso en la dedicación del tiempo a los otros<sup>67</sup>. Era de aire pacífico y de conversación pausada<sup>68</sup>, intensa, amena<sup>69</sup>, acogedora<sup>70</sup>; siempre sereno<sup>71</sup>, nunca con prisas<sup>72</sup>, concentrado<sup>73</sup>, pues como decía, ‘pensar es pararse a pensar’, expresión que no sólo es fruto de su propia experiencia, sino que, bien mirada, es una formidable enseñanza para toda la civilización de nuestra altura histórica.

Polo carecía de respetos humanos<sup>74</sup>. Hablaba claramente, pero era afectuoso<sup>75</sup>, en especial para con los niños<sup>76</sup>; de gran corazón y fina ironía<sup>77</sup>, sim-

<sup>64</sup> Cfr. Vélez, G., 544.

<sup>65</sup> La humildad de D. Leonardo es la virtud que más llamaba la atención al Profesor y colaborador suyo D. Ángel Luis González García. Cfr. asimismo: Callejo, D., 110; Camey, C., 110-111; Castillo, G., 121-122; Collado, S., 128; Corazón, R., 134; Crespo, M. G., 137; De la Lama, E., 140; Falgueras, I., 168; Fernández, S., 177; Ferreiro, P., 179; Flaquer, J., 188; Franquet, M. J., 195-196; García, J. A., 210; García Turza, C., 226; González Couture, G., 248; Hernández Urigüen, R., 262; Hita, I., 265; Izaguirre, J. M., 268; Lombo, J. A., 285; Mannion, M., 309; Miralbell, I., 338; Molano, E., 341, 343; Monterde, R., 358; Morán, J., 360; Ortigosa, S., 389; Pastor, J., 406; Pintado, P., 425; Rodríguez Sedano, A., 444, 446; Sánchez Garrido, P., 481; Santamaría, M., 487; Sesma, P., 525; Soriano, G., 527; Vargas, A., 538; Vélaz, I., 543; Vélez, G., 544; Vives, R., 553; Múgica, L. F., 632. Esa humildad también se manifiesta en sus escritos. Cfr. Assirio, J., 567; Fresneda, S., 575; González Mérida, J. C., 580; Podhorski, J. M., 609.

<sup>66</sup> Cfr. Alcázar, M., 50; Brun, C., 101; Calderón, I., 108; Castilla, B., 113; Díez, P., 150; Domínguez, P., 153; Fernández, F., 175; Hervada, J., 264; Jiménez, J. A., 277; López Padilla, J., 300; Martínez-Echevarría, M. A., 318; Mendonça, M., 326; Ortiz Ibarz, J. M., 394; Ortiz Ibarz, M. T., 395; Pastor, J., 408; Rodríguez Sedano, A., 444, 447; Rospigliosi, J., 456; Rubio, M., 466; Ruiz Ibáñez, J. F., 469; Sanguineti, J. J., 486; Urabayen, J., 532; Valderrama, J. C., 533; Vélaz, I., 543; Zorroza, I., 559.

<sup>67</sup> Cfr. Alvira, R., 62; Araujo, A. M., 72; Aspillaga, C., 77; Castillo, G., 116; Corazón, R., 134; Eguiguren, L. F., 161; Fernández, F., 176; Ferreiro, P., 185; Fontana, A., 189-191; González Enciso, A., 238; Mannion, M., 310; Martínez Acuña, M. E., 322-323; Martínez, M., 324; Mendz, G., 329; Molina, F., 351; Ortiz Ibarz, J. M., 394; Ortiz Ibarz, M. T., 395; Ponz, F., 435; Rodríguez Sedano, A., 447; Rubio de Urquía, R., 465; Rubio, M., 466-467; Sanguineti, J. J., 486; Sanz, V., 491; Urabayen, J., 532; Vergara, J., 545; Zorroza, I., 561; Múgica, L. F., 632.

<sup>68</sup> Cfr. Codina, M., 124; González Enciso, A., 238; Jiménez, J. A., 276; Polaino, A., 430. También a través de sus escritos se notan estos rasgos. Cfr. Podhorski, J. M., 608; Saldón, E., 609.

<sup>69</sup> Cfr. Alfaro, J., 54; Corazón, R., 130.

<sup>70</sup> Cfr. Corazón, R., 134; De la Lama, E., 140.

<sup>71</sup> Cfr. Aranguren, J., 67; Corazón, R., 134; Díez, P., 150; Falgueras, I., 169, 171; Fernández, F., 172; Jiménez, J. A., 276; Moscol, R., 364; Sambataro, P., 475; Sanguineti, J. J., 486; Zorroza, I., 561; Múgica, L. F., 632.

<sup>72</sup> Cfr. Molano, E., 342-343.

<sup>73</sup> Cfr. Sanz, V., 491; Vélaz, I., 542; Zorroza, I., 558.

<sup>74</sup> Cfr. Aspillaga, C., 77; Corazón, R., 134; Hernández Urigüen, R., 261.

<sup>75</sup> Cfr. Flaquer, J., 188; González, G., 247; Miralbell, I., 337; Murillo, J. I., 367; Palacios, E. M., 398; Ponz, F., 436; Prieto Álvarez, N., 439; Vargas, C., 535.

<sup>76</sup> Cfr. Sesma, P., 524.

<sup>77</sup> Cfr. Bañares, L., 81; De los Ríos, R., 143; Falgueras, I., 169; Fontana, A., 190; Mannion, M., 309.

pático<sup>78</sup>. No era locuaz<sup>79</sup>, pero en las conversaciones sabía hacer de vez en cuando un comentario agudo, enriquecedor, o una broma<sup>80</sup>, por ejemplo, llamando a alguien de modo jocoso<sup>81</sup>. Algunos han reparado que ese trato con los demás –también su trabajo de pensar– iba acompañado de un constante recogimiento interior<sup>82</sup>, como si estuviese viendo a esa persona desde el punto de vista divino. Por eso, era un hombre, dicen otros, de gran unidad de vida<sup>83</sup> que fomentaba la unidad y la convivencia armoniosa<sup>84</sup>. Daba asimismo muy buenos consejos profesionales<sup>85</sup>, y sugería echar en saco roto las preocupaciones pasadas<sup>86</sup>.

Algunas manifestaciones suyas para con los amigos fueron, por ejemplo, darles un buen abrazo<sup>87</sup>, preguntarles –directamente<sup>88</sup> o por teléfono<sup>89</sup>– por los miembros de su familia y por sus amigos, llevarles algún regalo<sup>90</sup>, prologarles el libro que querían publicar<sup>91</sup>, regalarles un libro propio con alguna dedicación<sup>92</sup>, pronunciar una conferencia o discurso en su memoria<sup>93</sup>, etc. En síntesis, con los amigos era un hombre bueno<sup>94</sup>, entrañable<sup>95</sup>, de muy buen corazón, de una gran nobleza interior<sup>96</sup>.

<sup>78</sup> Cfr. De la Lama, E., 140; Doral, J. A., 154-156; Martí, M., 313; Molano, E., 345; Pastor, J., 402; Sagües, J., 469. Este rasgo se capta en sus escritos. Cfr. Podhorski, J. M., 608.

<sup>79</sup> Cfr. Codina, M., 124; Pintado, P., 418; Sesma, P., 525.

<sup>80</sup> Cfr. Callejo, D., 110; González Umeres, L., 243; Illanes, J. L., 267; Labrada, M. A., 278; Lombo, J. A., 287; López Jurado, B., 302; Martínez Caro, D., 317; Molano, E., 337; Murillo, J. I., 375; Olivera, C., 388; Ortiz de Landázuri, C., 392; Pastor, J., 400-404; Pintado, P., 423, 426; Ponz, F., 436-437; Romera, L., 451; Urabayen, J., 531.

<sup>81</sup> Cfr. Murillo, J. I., 375; Ortiz de Landázuri, C., 394; Pintado, 418; Polaino, A., 431; Rospigliosi, J., 459.

<sup>82</sup> Cfr. Corazón, R., 134; Monterde, R., 359; Zorroza, I., 558.

<sup>83</sup> Cfr. Baturone, L., 87; Calderón, I., 109; Clavell, L., 122; Mannion, M., 309; Molano, E., 343; Monasterio, C., 355; Ostiz, M., 397; Rodríguez Sedano, A., 446; Santamaría, M., 487; Zorroza, I., 561.

<sup>84</sup> Cfr. Múgica, L. F., 632.

<sup>85</sup> Cfr. Nubiola, J., 383; Olivera, C., 387-388.

<sup>86</sup> Cfr. Nubiola, J., 383.

<sup>87</sup> Cfr. Díaz Pintos, G., 148.

<sup>88</sup> Cfr. García, J. A., 211; Haya, F., 257. Siembre que el Profesor Juan Arana venía a Pamplona me pedía que le acompañara a ver a Leonado Polo a su casa. Soy testigo de que Polo le preguntaba por su esposa e hija.

<sup>89</sup> Cfr. Rodríguez Rosado, J. J., 449.

<sup>90</sup> Cfr. García, J. A., 209; Picos, A., 416.

<sup>91</sup> Cfr. Sambataro, P., 476; Segura, A., 496.

<sup>92</sup> Cfr. Sambataro, 477; Sánchez Garrido, P., 481; Vargas, C., 536.

<sup>93</sup> Cfr. Domínguez, P., 153; Rodríguez Rosado, J. J., 449.

<sup>94</sup> Cfr. Bobadilla, F., 623; Fernández, S., 176; Hita, I., 264; Jiménez, A., 276; Molano, E., 341; Molina, F., 353; Sánchez Garrido, P., 483; Segura, A., 494.

<sup>95</sup> Cfr. González García, Á. L., 630.

<sup>96</sup> Cfr. Molano, E., 341, 345.

## 3. SU PERSONALIDAD EN EL ÁMBITO PROFESIONAL

En el ámbito laboral cabe indicar que Leonardo Polo tomó su trabajo –la expresión es suya– como ‘un encargo divino’ –y también de san Josemaría, quien le llamaba ‘mi filósofo’<sup>97</sup>–, o sea, como una vocación profesional clara<sup>98</sup>, un proyecto tan dedicado como de largo plazo<sup>99</sup>, que cumplió heroicamente a pesar de las adversas vicisitudes internas y externas por las que tuvo que atravesar a lo largo de su vida, pues, en primer lugar, se esforzó por descubrir hallazgos filosóficos de primera magnitud, viviendo enamorado de la filosofía<sup>100</sup> y, en segundo lugar, los expuso de modo extraordinario, porque transmitía lo que portentosamente vivía y alumbraba –con filosofía viva–, en acto<sup>101</sup>, pensando en voz alta –que paradójicamente era baja, parsimoniosa y grave<sup>102</sup>–, repensando de nuevo los temas más relevantes<sup>103</sup>.

Siempre estaba pensando<sup>104</sup>, descubriendo cada vez nuevos mediterráneos hasta dejar pasmado al oyente, sea cual fuese su formación, profesión u orientación ideológica<sup>105</sup>. Pero esta tarea le llevaba tiempo, porque ‘le costaba calentar motores’<sup>106</sup>, es decir, antes de entrar a fondo enmarcaba muy bien el tema, e iba aproximándose a él poco a poco, hasta que al final se hacía la gran luz. Para ello, además de su inusitada inteligencia, contaba con una gran ventaja: su capacidad de admiración ante cualquier realidad<sup>107</sup>.

<sup>97</sup> Cfr. Zorroza, I., 561.

<sup>98</sup> Cfr. Molano, E., 341; Nubiola, J., 383; Ortiz Ibarz, J. M., 393; Pastor, J., 406; Rubio de Urquía, R., 465; Vargas, A., 539.

<sup>99</sup> Cfr. Rodríguez Sedano, A., 447; Rubio de Urquía, R., 465.

<sup>100</sup> Cfr. González, G., 247; Illanes, J. L., 267.

<sup>101</sup> Cfr. Castillo, G., 117-118; Eguiguren, J. F., 162; Falgueras, I., 168; Ferreiro, P., 179; Fidalgo, J. M., 187; Franquet, M. J., 195; García Clavel, M., 204; García Cuadrado, J. A., 206; González, G., 246; Guasch, J. M., 251; Jaramillo, L. F., 275; Jiménez, J. A., 276; Labrada, M. A., 278; Lorda, J. L., 305; Mannion, M., 309; Martínez Priego, C., 320; Mercado, J. A., 331; Molano, E., 343; Murillo, J. I., 372; Navas, A., 380; Ortigosa, S., 389; Ortiz de Landázuri, C., 392; Peña Vial, J., 410; Prieto Álvarez, N., 439; Riaza, C., 442; Romea, L., 450; Rubio, M., 567; Sanguinetti, J. J., 485; Sanz, V., 492; Segura, A., 496; Urabayan, J., 531; Vélaz, I., 542; Zorroza, I., 556; González Álvarez, A. L., 630.

<sup>102</sup> Cfr. Monasterio, C., 355; Moscol, R., 364; Nubiola, J., 382; Ortiz Ibarz, J. M., 393; Polaino, A., 430; Riaza, C., 442; Rubio, M., 467; Sánchez Garrido, P., 481; Segura, A., 494-498; Súnico, J., 530; Urabayan, J., 531; Valderrama, J. C., 533; Vélaz, I., 542.

<sup>103</sup> Cfr. Romera, L., 450.

<sup>104</sup> Cfr. García Clavel, M., 204; García Cuadrado, J. A., 206; González Ollé, F., 241; Illanes, J. L., 266; Martínez Caro, D., 317; Peña Vial, J., 414; Polaino, A., 431; Sambataro, P., 476; Sesma, P., 524; Vargas, C., 535.

<sup>105</sup> Cfr. Acosta, M., 41; Gallego, J. A., 199; Izaguirre, J. M., 269.

<sup>106</sup> Cfr. Molano, E., 347; Moros, E., 361; Navas, A., 380; Palacios, E. M., 397; Pardo, A., 400; Peña Vial, J., 410; Sanguinetti, J. J., 485; Vélaz, I., 542; Zorroza, I., 558, 560; Bobadilla, F., 624.

<sup>107</sup> Cfr. Saranyana, J. I., 493; Sesma, P., 525; Vélez, G., 544; Fresneda, S., 575.

Muchos testigos presenciales de su actividad magisterial destacan su altura intelectual (o, más bien, su genialidad<sup>108</sup>), su saber enciclopédico<sup>109</sup>, su amor a la verdad<sup>110</sup>, su sabiduría<sup>111</sup>, profundidad, coherencia y claridad en sus explicaciones orales<sup>112</sup>, su continuidad de un día a otro en el hilo conductor de las mismas, su rigor intelectual<sup>113</sup>, su gran memoria<sup>114</sup> (siempre citaba de memoria), su honestidad<sup>115</sup>, cortesía, lealtad a las cosas y su fidelidad a las personas<sup>116</sup>; su no secundar lo ‘políticamente correcto’, ya que llamaba error al error<sup>117</sup> y verdad a la verdad; su sinceridad, su hablar pausado y cálido<sup>118</sup>, su capacidad de diálogo<sup>119</sup>, su compostura, serenidad y moderación en la discu-

<sup>108</sup> Cfr. Colbert, J., 125; Haya, F., 253; Izaguirre, J. M., 269; Jaliff, A., 271; Miñón, A., 334; Monge, M. A., 356; Murillo, J. I., 377; Pastor, J., 406; Peña Vial, J., 410, 413; Rospigliosi, J., 461; Sagües, J., 470; Saranyana, J. I., 492-493; Segura, A., 494; Vargas, A., 539; Vives, R., 553; Yarce, J., 555. Esta descollante cualidad se advierte, obviamente, en sus textos. Cfr. Fresneda, S., 575; Martino, S., 594.

<sup>109</sup> Cfr. Peña Vial, J., 414; Rospigliosi, J., 453; Urabayen, J., 531; Yarce, J., 555.

<sup>110</sup> Cfr. Conesa, M. D., 128; Corazón, R., 134; Crespo, M. G., 137; Díaz Pintos, G., 147; Dolby, M. C., 151; Falgueras, I., 167, 170; Fernández, S., 176; Fidalgo, J. M., 187; Fuente, A., 198; Hervada, J., 264; Izaguirre, J. M., 269; Miñón, A., 334; Monasterio, C., 355; Pintado, P., 422; Ponz, F., 435; Rodríguez Sedano, A., 444; Valderrama, J. C., 533; Vergara, J., 545; Múgica, L. F., 631. Algunos que no conocieron a Polo, algunos han descubierto esa pasión por la verdad en sus escritos. Cfr. Cazzola, D., 570.

<sup>111</sup> Cfr. Brun, C., 100-102; Corcuera, P., 135; García Turza, C., 226; García Alonso, P., 233; García Alonso, R., 234; González Umeres, L., 242; González Couture, G., 249; Ortigosa, S., 389; Ortiz Ibarz, M. T., 395; Pintado, P., 422; Sambataro, P., 475; Saranyana, J. I., 493; Segura, A., 494; Vélaz, I., 543.

<sup>112</sup> Cfr. Braña, J., 98; Castilla, B., 114 y 120; De Meer, F., 146; Dolby, M. C., 150; Doral, J. A., 154; Falgueras, I., 164; Fernández, F., 172, 176; Fernández, S., 176; Fidalgo, J. M., 187; Fraile, M., 192; Franquet, M. J., 193; García Ruiz, P., 221-222; García Turza, C., 227; García-Valdecasas, M., 230; Illanes, J. L., 265-266; Izaguirre, J. M., 268; Jiménez, J. A., 276; Lapel, V. C., 280; Lombo, J. A., 284, 290; Lozano, B., 306; Martín Algarra, M., 314; Martínez Caro, D., 315-316; Martínez Acuña, M. A., 322; Martínez Sáez, S., 325; Mendonça, M., 326-327; Mendz, G., 328; Mir, J. I., 335; Miralbell, I., 337; Moscoso, A. I., 367; Murillo, J. I., 372; Navas, A., 380; Ortiz Ibarz, J. M., 393; Palacios, E. M., 398; Pallais, R., 399; Pastor, J., 400; Peña Vial, J., 410; Polaino, A., 429; Ponz, F., 435; Rodrich, R., 444; Sambataro, P., 479; Sanguinetti, J. J., 485; Sanz, V., 492; Súnico, J., 530; Vargas, M., 536; Velarde, C., 541; Vélaz, I., 542; Vélez, G., 544; Zorroza, I., 558-560. La coherencia acompaña también a su obra escrita, según ratifican: González Mérida, J. C., 579; Podhorski, J. M., 608; Sánchez León, A., 611; Solomiewicz, A., 613; Bobadilla, F., 624; González García, Á. L., 629.

<sup>113</sup> Cfr. Cadavid, M. V., 104; García Turza, C., 237; Labrada, M. A., 278; Lombo, J. A., 283-284; Miñón, A., 334; Riaza, C., 443; Sagües, J., 469; Vélaz, I., 542.

<sup>114</sup> Cfr. Monge, M. A., 356.

<sup>115</sup> Cfr. Conesa, M. D., 128. Esta cualidad se ha notado asimismo en sus escritos. Cfr. Fresneda, S., 575.

<sup>116</sup> Cfr. Rubio de Urquía, R., 465.

<sup>117</sup> Cfr. Conesa, M. D., 128; Haya, F., 255; Lombo, J. A., 291; Súnico, J., 530; Vergara, J., 547.

<sup>118</sup> Cfr. Braña, J., 98; Sesma, P., 452.

<sup>119</sup> Cfr. Fernández, F., 174; Rodríguez Sedano, A., 444, 447; González Álvarez, A. L., 630.

sión<sup>120</sup>, pues no le gustaba polemizar, ya que de ese modo –según decía– no se podía avanzar en conocimiento<sup>121</sup>; su libertad de espíritu<sup>122</sup>, pues sus tesis las ofrecía a modo de propuestas<sup>123</sup>, las cuales son de libre aceptación, estando por tanto lejos de dogmatismos<sup>124</sup>, confesionalismos<sup>125</sup> y moralinas<sup>126</sup>, lo cual es compatible con la seguridad o firmeza<sup>127</sup> con que exponía sus hallazgos. También por ello dejaba a sus doctorandos una inmensa libertad de pensamiento<sup>128</sup>, fomentando a la par su responsabilidad para destinarse con ella<sup>129</sup>.

Tenía una poderosa capacidad de análisis<sup>130</sup> y aún mayor de síntesis<sup>131</sup>; pero por encima de ellas destacaba su intuición para con los temas de fondo<sup>132</sup>. Era olímpicamente original sin buscar nunca la originalidad<sup>133</sup>. Destacada fue su audacia intelectual<sup>134</sup>, su magnanimidad<sup>135</sup>, su agradecimiento<sup>136</sup> (también con los regalos de poco o mucho valor que se le hacían<sup>137</sup>), su carácter recio<sup>138</sup>. Sus exposiciones eran amenas<sup>139</sup>, con un sutil sentido del humor y agudeza<sup>140</sup> y una gran capacidad para llegar a todo tipo de personas –jóvenes y adultos– y

<sup>120</sup> Cfr. Castillo, G., 117; Corazón, R., 132; Falgueras, I., 166; Pintado, P., 422.

<sup>121</sup> Cfr. Martínez-Echevarría, M. A., 318.

<sup>122</sup> Cfr. Lombo, J. A., 284, 292; Rodríguez Sedano, A., 445.

<sup>123</sup> Cfr. Corazón, R., 133; Hernández Urigüen, R., 262.

<sup>124</sup> Cfr. Izaguirre, J. M., 269; Sanguinetti, J. J., 486; Vives, R., 553.

<sup>125</sup> Cfr. Lombo, J. A., 284; Rubio de Urquía, R., 465; Saranyana, J. I., 493.

<sup>126</sup> Cfr. Labrada, M. A., 279; Miñón, A., 334.

<sup>127</sup> Cfr. Bernal, A., 92; Braña, J., 97; García Muñoz, A. J., 217.

<sup>128</sup> Cfr. Murillo, J. I., 373; Ortiz de Landázuri, C., 392; Romera, L., 450; Múgica, L. F., 631-632.

<sup>129</sup> Cfr. Vergara, J., 546.

<sup>130</sup> Cfr. Bernal, S., 94; Braña, J., 97.

<sup>131</sup> Cfr. Molano, E., 345; Ortiz Ibarz, M. T., 395; Peña Vial, J., 410.

<sup>132</sup> Cfr. Cadavid, V., 104; Molano, E., 341; Eguigren, L., 163; Sambataro, P., 477; Segura, A., 494-497; Cazzola, D., 570.

<sup>133</sup> Cfr. Gallego, J. L., 200; Haya, F., 255; Hernández Urigüen, R., 258; Hervada, J., 264; Izaguirre, J. M., 268; Lombo, J. A., 284; Mannion, M., 309; Miñón, A., 334; Navas, A., 381; Nubiola, J., 382; Ortiz Ibarz, M. T., 395; Sagües, J., 469; Sanz, V., 492; Yarce, J., 555; Bobadilla, F., 624; Gómez Veas, G., 627; González Álvarez, A. L., 630.

<sup>134</sup> Cfr. Jaliff, A., 272; Vargas, A., 539; Vélaz, I., 542.

<sup>135</sup> Cfr. Eguiguren, J. F., 162; García, J. A., 211; Ortiz Ibarz, M. T., 395; Rubio de Urquía, R., 465; Múgica, L. F., 632.

<sup>136</sup> Cfr. García, J. A., 210; Gómez Cantero, J. A., 237; Lucas, I., 307; Molina, F., 352; Fresneda, S., 575.

<sup>137</sup> Cfr. Molano, E., 349.

<sup>138</sup> Cfr. Herrera, S., 263.

<sup>139</sup> Cfr. Fraile, M., 192; García Ruiz, P., 222.

<sup>140</sup> Cfr. Cadavid, M. V., 103; Corcuera, P., 135.

de diversas profesiones –estudiantes y profesores en diversas áreas, empresarios y trabajadores, etc.–<sup>141</sup>, a lo que añadía su posterior trato personal con ellas<sup>142</sup>, pues escuchaba y atendía a las personas, y siempre con una sonrisa<sup>143</sup>. Era tan discreto que pasaba inadvertido<sup>144</sup>, dejando el protagonismo y la celebridad a otros colegas. Lejos de sentirse imprescindible en alguna tarea o asignatura, era multidisciplinar<sup>145</sup>, llamándose a sí mismo ‘el sobrero’<sup>146</sup>, aludiendo con este término taurino al toro de reserva que se guarda en las corridas, porque él animaba a los demás a repartirse las asignaturas quedándose para sí la que nadie hubiese escogido.

Los testigos destacan también en él su gran categoría humana<sup>147</sup>, su sencillez<sup>148</sup>, su estar al margen del éxito personal por servir a la verdad<sup>149</sup>, su respeto a los demás y a sus ideas<sup>150</sup>, su confianza con los colegas<sup>151</sup>, su comprensión para con las limitaciones de sus colaboradores<sup>152</sup>, su vivir esperanzado ante el crecimiento propio en orden a descubrir más verdad<sup>153</sup>, su optimismo res-

<sup>141</sup> Cfr. Calderón, I., 108; González Enciso, A., 238; Jaramillo, L. F., 274; Lescano, L., 281; Moros, E., 361; Moya, F., 368; Murillo, J. I., 371; Naval, C., 379; Ortiz de Landázuri, C., 391; Peña Vial, J., 411; Ponz, F., 436. Esa apertura a todos llama también la atención de quienes no le conocieron personalmente. Cfr. Sołomiewicz, A., 613; Torres, J. M., 616-617; van Schalkwijk, D., 618; Gómez Veas, L., 627.

<sup>142</sup> Cfr. Izaguirre, J. M., 270; Ponz, F., 435; Rodríguez Sedano, A., 447.

<sup>143</sup> Cfr. Acosta, M., 43; Aguilera, J. C., 45; Brun, C., 102; Corcuera, P., 135; Díaz Pintos, G., 147; Díez, P., 150; Fernández, F., 172; Flaquer, J., 188; Fraile, M., 192; Hita, I., 265; Jiménez, J. A., 277; Lozano, B., 307; Martínez Acuña, M. E., 322; Rodríguez Sedano, A., 447; Rospigliosi, J., 460; Rubio, M., 467-468; Sánchez Garrido, P., 480; Sanguinetti, J. J., 486; Saranyana, J. I., 493; Sesma, P., 524; Soriano, G., 528; Urabayen, J., 531; Valderrama, J. C., 533, Vázquez de Prada, V., 540; Vélaz, I., 542; Vergara, J., 547; Zorroza, I., 560.

<sup>144</sup> Cfr. Pintado, P., 423; Rospigliosi, J., 459; Vargas, A., 538; Múgica, L. F., 632.

<sup>145</sup> Cfr. Rodríguez Sedano, A., 447; Sagües, J., 469-470.

<sup>146</sup> Cfr. Franquet, M. J., 195.

<sup>147</sup> Cfr. Martínez, M., 325.

<sup>148</sup> Cfr. Aguilera, J. C., 45; Calderón, I., 108; Castillo, G., 121; Collado, S., 126; Corcuera, P., 135; Fontana, A., 191; García Kihn, M. A., 215; García Muñoz, A. J., 218; Lombo, J. A., 294; Lozano, B., 207; Martínez Acuña, M. E., 322; Pintado, P., 426; Polaino, A., 431; Ponz, F., 435; Rodríguez Sedano, A., 444; Rospigliosi, J., 454.

<sup>149</sup> Cfr. Pallais, R., 399; Pastor, J., 407; Polaino, A., 431; Prieto Álvarez, N., 439; Rodríguez Sedano, A., 447; Romera, L., 450; Rospigliosi, J., 458; Sánchez Garrido, P., 481; Sanguinetti, J. J., 486; Valderrama, J. C., 534; Zorroza, I., 559, 561; Múgica, L. F., 631.

<sup>150</sup> Cfr. Alcázar, M., 52-53; García Cuadrado, J. A., 206; López Escobar, E., 296; Martínez Acuña, M. E., 322; Mercado, J. A., 330; Miñón, A., 334; Ortiz Ibarz, J. M., 394; Sanz, V., 492.

<sup>151</sup> Cfr. Bañares, L., 81; Ortiz Ibarz, J. M., 394.

<sup>152</sup> Cfr. Murillo, J. I., 370.

<sup>153</sup> Cfr. García Muñoz, A. J., 219; García Turza, C., 228; Monterde, R., 358; Nubiola, J., 384; Pintado, P., 422; Rodríguez Sedano, A., 446.

pecto del desarrollo intelectual de las otras personas<sup>154</sup>, a las que ayudaba a pensar<sup>155</sup>, y asimismo su optimismo ante el futuro de la Universidad de Navarra y de aquellas otras en las que colaboró<sup>156</sup>, y ante el progreso de la interdisciplinariedad en su seno<sup>157</sup>.

Quienes coincidieron con él en estas y otras instituciones universitarias subrayan su aprovechamiento del tiempo<sup>158</sup>, su cuidado y disfrute de las cosas pequeñas<sup>159</sup>, su trabajo bien hecho<sup>160</sup>, su pensar en los demás<sup>161</sup>, su servicio<sup>162</sup>, el no hacer acepción de personas<sup>163</sup>, su profundo conocimiento de los otros (profesores y alumnos)<sup>164</sup>, su flexibilidad, su afabilidad en el trato<sup>165</sup>, su ser un auténtico filósofo<sup>166</sup> y maestro<sup>167</sup> y, sobre todo, el no hablar mal de nadie<sup>168</sup>. Seguramente esto último responde a su gran pasión intelectual por entender cada vez mejor al hombre<sup>169</sup>, que lleva a comprender mejor el plan de Dios sobre cada uno y a Dios mismo<sup>170</sup>.

Algunos testigos destacan su generosidad y valentía para ir a América durante sus vacaciones estivales en la Universidad de Navarra, para ayudar a las

<sup>154</sup> Cfr. Castillo, G., 117; Doral, J. A., 156; Falgueras, I., 168; Ferrer, U., 186; Morán, J., 360; Polaino, A., 431; Ponz, F., 436; Vergara, J., 548; Zorroza, I., 561; Gómez Veas, G., 628; Múgica, L. F., 632; Romero, J. J., 634.

<sup>155</sup> Cfr. Polaino, A., 431; Romera, L., 450; Santamaría, M., 487 ss.; Súnico, J., 530; Vélaz, I., 542; Vergara, J., 547; Vives, R., 551; Múgica, L. F., 631.

<sup>156</sup> Cfr. Beguiristain, M. A., 89; Múgica, L. F., 633.

<sup>157</sup> Cfr. González Enciso, A., 238; Vives, R., 551-552.

<sup>158</sup> Cfr. Castillo, G., 116.

<sup>159</sup> Cfr. Castillo, G., 116; Guerrero, D., 252; Haya, F., 256; Monge, M. A., 356.

<sup>160</sup> Cfr. Nubiola, J., 383.

<sup>161</sup> Cfr. Castillo, G., 117; Cruz, M., 138; Vives, R., 553.

<sup>162</sup> Cfr. Hita, I., 265; Morán, J., 360; Moscoso, A. I., 367; Ortiz Ibarz, J. M., 394; Ponz, F., 436.

<sup>163</sup> Cfr. Castillo, G., 117.

<sup>164</sup> Cfr. Castillo, G., 117; Molina, F., 350.

<sup>165</sup> Cfr. Castells, M., 112; Castillo, G., 117; Díez, P., 150; Domínguez, P., 153; García-Valiño, J., 235; Haya, F., 257; Hita, I., 264; Lombo, J. A., 287; Mendz, G., 328; Pintado, P., 424; Polaino, A., 431; Rubio de Urquía, R., 465; Valderrama, J. C., 532.

<sup>166</sup> González Couture, G., 248; Haya, F., 253; Morán, J., 359; Murillo, J. I., 370; Ortigosa, S., 389; Ponz, F., 436; Sagües, J., 470; Sánchez Garrido, P., 482.

<sup>167</sup> Cfr. Conesa, M. D., 129; García Alonso, P., 233; González Enciso, A., 238; González Umeres, L., 242; Guerrero, D., 252; Hernández Urigüen, R., 262; Izaguirre, J. M., 268; Jaliff, A., 271-273; Murillo, J. I., 377; Navas, A., 381; Ortiz de Landázuri, C., 392; Ruiz Ibáñez, J. F., 469; Sanz, V., 492; Vélaz, I., 543; Yarce, J., 555; González Álvarez, A. L., 630. También hay quien no habiéndole conocido personalmente le reconoce 'su maestro'. Cfr. Martino, S., 594.

<sup>168</sup> Cfr. Castillo, G., 118; Haya, F., 257. Esta actitud suya la he podido experimentar personalmente muchas veces.

<sup>169</sup> Cfr. Monasterio, C., 356.

<sup>170</sup> Cfr. García Turza, C., 228.

incipientes universidades obras corporativas del Opus Dei<sup>171</sup>. Para una persona de una edad que giraba en torno de los 60 años, que se ha fatigado pensando mucho durante el curso, esa esplendidez –además de manifestar su respuesta fiel a un encargo de san Josemaría– es sin duda meritoria.

Algunos testigos resaltan que Polo también era práctico<sup>172</sup>, no sólo porque, por ejemplo, conducía muy bien en automóvil<sup>173</sup>, o porque estaba al día sobre el precio del dólar<sup>174</sup>, sino también porque en el terreno profesional fomentó muchas vocaciones filosóficas<sup>175</sup> y ayudó a perseverar a otras<sup>176</sup>. Su practicidad la advierten otros precisamente en lo que algunos le han criticado, a saber, que la redacción de sus escritos fuese poco literaria, pues los primeros notan gran precisión en los términos empleados<sup>177</sup>, evadiendo así confusiones y blandas analogías. Su valor práctico lo ponen algunos en que les ayudó a pensar<sup>178</sup>, y como el pensamiento dirige la vida humana, tal ayuda es práctica. Y otros que no le han conocido personalmente, pero que leen sus libros, indican que lo más práctico que han encontrado para fundamentar sus disciplinas (estudios sobre familia, universidad, empresa, sobre ética, psicología, sociología, cultura, etc.) y otros tipos de trabajos es la antropología poliana<sup>179</sup>.

Lo que precede es lo que los demás reiteran de Leonardo Polo, lo cual si se tiene en cuenta que responde a 245 testimonios escritos sobre él, teniendo en cuenta que tales informes son convergentes en los tres ámbitos indicados –*familiar*, de *amistad* y *profesional*– llama bastante la atención, sobre todo al advertir que buena parte de tales testimonios son de filósofos, los cuales difícilmente se ponen de acuerdo... Pero ahora, si interesa mi parecer, lo puedo sintetizar escuetamente de este modo: en el ámbito *familiar*, para mí Polo fue un hijo bueno y fiel; en plano de la *amistad*, fue un gran amigo; y en el plano *profesional*, para mí Leonardo Polo es el mayor don de Dios otorgado a la filosofía de entre los habidos hasta la fecha.

<sup>171</sup> Cfr., por ejemplo: Castillo, G., 116 ss.; Molano, E., 348-349; Morán, J., 359 ss.; Nubiola, J., 384; Pastor, J., 403; Peña Vial, J., 611; Rodríguez Sedano, A., 447; Zorroza, I., 560; Belletich, E., 622.

<sup>172</sup> Cfr. Ortiz Ibarz, M. T., 395.

<sup>173</sup> Cfr. Molano, E., 349; Molina, F., 351; Rodríguez Rosado, J. J., 449; Yarce, J., 555.

<sup>174</sup> Cfr. Zorroza, I., 557.

<sup>175</sup> Cfr. Martínez Acuña, M. E., 321; Pintado, P., 416; Riaza, C., 442.

<sup>176</sup> Cfr. Mocchi, B., 596.

<sup>177</sup> Cfr. Vélaz, I., 542.

<sup>178</sup> Cfr. Vergara, J., 547.

<sup>179</sup> Cfr. Martino, S., 594; Mundaka, R., 607.



Nótese respecto de esto último que él solo se medía con los grandes del pensamiento (Aristóteles, Tomás de Aquino, Kant, Hegel, Heidegger...)<sup>180</sup>, no con los de segunda fila, estando muy abierto a todos ellos<sup>181</sup>, rescatando de ellos lo positivo, mostrando sus debilidades<sup>182</sup>, y superabando sus planteamientos. Pero como no es el momento de ocuparse de su temática filosófica, omitiré concretar este inmenso don divino en cada una de las áreas de este saber humano superior.

En este cuadro de luces faltan por marcar las sombras. Respecto de éstas, algunos podrían repetir aquello de “si yo te contara”... Desde luego, como toda persona humana, Leonardo Polo tenía sus defectos, que en buena medida desconozco, pero siguiendo su ejemplo de ‘no hablar mal de nadie’ es mejor no traerlos a colación. Con todo, de seguro que los testigos de su vida pueden estar de acuerdo en que, si se comparan los aspectos positivos de su existencia con los negativos, salen ganado con mucho los primeros. Al menos, no sé de nadie que haya manifestado lo contrario.

#### APÉNDICE: SU APERTURA A DIOS

Desde el inicio de su andadura intelectual Leonardo Polo, con mentalidad laical<sup>183</sup>, al margen de ideologías políticas, y con una capacidad de comunicación extraordinaria que captaba, como un imán<sup>184</sup>, la atención de todo tipo de personas<sup>185</sup>, habló y escribió con naturalidad de Dios<sup>186</sup>, tanto filosófica<sup>187</sup> como teológicamente<sup>188</sup>, con la teología distintiva de la Iglesia católica (teología a la que se acercaba con respeto y sometiendo siempre sus propias tesis bajo el dictamen del Magisterio<sup>189</sup>). Más aún, Polo procedía aunando ambos

<sup>180</sup> Cfr. Molano, E., 346-347; Rodríguez Sedano, A., 446-447; Sánchez Garrido, P., 481-482; Segura, A., 497; Súnico, J., 530; Vergara, J., 546-547; Yarce, J., 555; Saldón, E., 609.

<sup>181</sup> Cfr. Pintado, P., 422; Rodríguez Sedano, A., 444.

<sup>182</sup> Cfr. Peña Vial, J., 410.

<sup>183</sup> Cfr. Doral, J. A., 156.

<sup>184</sup> Cfr. Molina, F., 350.

<sup>185</sup> Cfr. Doral, J. A., 156; Flaquer, J., 188; Guerrero, D., 252; Jiménez, J. A., 277; Lombo, J. A., 288; Mendonça, M., 327; Moros, E., 360; Moya, F., 369; Nubiola, J., 383; Zorroza, I., 558; González Álvarez, A. L., 630.

<sup>186</sup> Cfr. Castillo, G., 118-119; Codina, M., 124; García Muñoz, A. J., 217; Assirio, J., 566.

<sup>187</sup> Cfr. Cadavid, M. V., 194; López Moratalla, N., 298.

<sup>188</sup> Cfr. Bernal, S., 95; Cadavid, M. V., 104; Collado, S., 126; Fontana, A., 189-190; Franquet, M. J., 193-194; Lombo, J. A., 284; Mir, J. I., 335; Molano, E., 343-344; Moscoso, A. I., 368; Ortiz de Landázuri, C., 392; Romera, L., 450; Salcedo, H., 472-475; Vargas, A., 539.

<sup>189</sup> Cfr. Murillo, J. I., 376.

saberes<sup>190</sup>, filosofía y teología, pues la una sirve de modo excelente a la otra<sup>191</sup>, ya que, para él “o la filosofía lleva a Dios o no es verdadera filosofía”<sup>192</sup>; más aún: ‘la intención de toda su filosofía es teológica’<sup>193</sup>.

Pero Polo hablaba y escribía de Dios sin cansar<sup>194</sup>. Seguramente el por qué de esta actitud responde a su trato personal con el ser divino, a su constante ‘vida en Dios’<sup>195</sup>, a su filiación divina<sup>196</sup>, a ser hombre de gran fe<sup>197</sup>, y asimismo, de enorme esperanza, de honda caridad<sup>198</sup>, pues sabía que el trato con Dios lejos de molestar es el gran descanso, y lo hacía con la sencillez, confianza y piedad propias de un niño<sup>199</sup>, siguiendo con perseverancia<sup>200</sup> y gran finura<sup>201</sup> su específico plan de vida cristiano<sup>202</sup>, que vivía con más profundidad que un teólogo<sup>203</sup>. Era un hombre muy espiritual<sup>204</sup>, magnánimo en lo referente al culto<sup>205</sup>, y recurría mucho a la Virgen<sup>206</sup>. Precisamente por eso su apos-

<sup>190</sup> Cfr. Castilla, B., 115; Clavell, L., 122; Gallego, J. A., 202; García, J. A., 211; Martínez Acuña, M. E., 323; Murillo, J. I., 378; Nubiola, J., 383; Piotrozski, B., 427; Quirós, F., 440; Rodríguez Sedano, A., 448; Rospigliosi, J., 459; Sagües, J., 470; Santamaría, M., 487.

<sup>191</sup> Cfr. Corazón, R., 134; Pintado, P., 426; Romera, L., 451; Vélez, G., 544; Vives, R., 553; Yarce, J., 555; Cazzola, D., 571; González Mérida, J. C., 579; Montijo, C., 601-605; Sołomiewicz, A., 613.

<sup>192</sup> Corazón, R., 134.

<sup>193</sup> Cfr. Vives, R., 550. Téngase en cuenta que tras sus 20 años de silencio editorial tras sus primeros y difíciles libros, lo que le hizo volver a escribir y publicar fue su lectura de la encíclica *Redentor hominis* de san Juan Pablo II. Cfr. Pintado, P., 418. Nótese asimismo su particular sensibilidad por las cuestiones relacionadas con la doctrina social de la Iglesia católica. Cfr. Ponz, F., 436. También su penetración sobre las piezas centrales del dogma cristiano. Cfr., entre otros, su libro *Epistemología, creación y divinidad*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XXVII, Eunsa, Pamplona, 2015.

<sup>194</sup> Tomado de una conversación que M. Acosta y J. F. Sellés tuvieron con Leonardo Polo en su casa en sus últimos años.

<sup>195</sup> Cfr. Hernández Urigüen, R., 259; Illanes, J. L., 266; Miralbell, I., 338; Peña Vial, J., 414.

<sup>196</sup> Cfr. Hernández Urigüen, R., 260; Posada, J. M., 438; Quirós, F., 440; Soto, M. J., 529; Vargas, C., 536; Vergara, J., 546. Este tema se manifiesta en sus escritos. Cfr. Podhorski, J. M., 608.

<sup>197</sup> Cfr. Rubio de Urquía, R., 465; Sagües, J., 470.

<sup>198</sup> Cfr. Falgueras, I., 170; Molano, E., 344; Rubio de Urquía, R., 465.

<sup>199</sup> Cfr. Castillo, G., 120; Gómez Cantero, J. A., 237; Grimaldi, R., 250; Haya, F., 256; Lombo, J. A., 294; Martínez Acuña, M. E., 322; Miñón, A., 333; Pintado, P., 426; Rovira, M., 461.

<sup>200</sup> Cfr. Fontana, A., 191.

<sup>201</sup> Cfr. De la Lama, E., 140.

<sup>202</sup> Cfr. Illanes, J. L., 267; Lombo, J. A., 294; López Jurado, B., 302; Múgica, L. F., 633; Romero, J. J., 634.

<sup>203</sup> Cfr. Corazón, R., 134.

<sup>204</sup> Cfr. De La Lama, E., 141; Quirós, F., 443. Este tema se refleja, según algunos, en sus escritos. Cfr. Niño, L. I., 607.

<sup>205</sup> Cfr. González Umeres, L., 244; López Jurado, B., 304; Molano, E., 348.

<sup>206</sup> Cfr. Codina, M., 125; Illanes, J. L., 268; López Escobar, E., 296; López Jurado, B., 303.

tolado, de palabra y por medio de sus escritos, ha sido tan fino y respetuoso como profundo<sup>207</sup>.

#### BIBLIOGRAFÍA

- POLO, L., *Conversaciones sobre Antropología*, agosto de 1996, pro manuscrito.
- POLO, L., *La persona humana y su crecimiento*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XIII, Eunsa, Pamplona, 2015.
- POLO, L., *La esencia del hombre*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XXIII, Eunsa, Pamplona, 2015.
- POLO, L., *El conocimiento del universo físico*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XX, Eunsa, Pamplona, 2015.
- POLO, L., *Presente y futuro del hombre*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. X, Eunsa, Pamplona, 2015.
- POLO, L., *Filosofía y economía*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XXV, Eunsa, Pamplona, 2015.
- POLO, L., *Epistemología, creación y divinidad*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XXVII, Eunsa, Pamplona, 2015.
- POLO, L., *Ayudar a crecer. Cuestiones de filosofía de la educación*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XVIII, Eunsa, Pamplona, 2019.
- SORIANO, G., ZORROZA, M. I., CASTILLO, G., SELLÉS, J. F. (Eds.), *Filósofo, maestro y amigo. 234 testimonios sobre Leonardo Polo*, Eunsa, Pamplona, 2018.

---

<sup>207</sup> Cfr. Sandoval, L. Y., 484; Vives, R., 552; Anónimo, 563-564; Dolby, M. C., 565-566; Assirio, J., 566; Byrne, B., 569; Chicote, D., 572-573; Dassoy, M., 574; Gómez Fonseca, W. D., 576, 578-579; Henríquez, M. M., 587; Irirazabal, J., 588; Martino, S., 595; Moreno, E., 601; von Schalkwijk, D., 618. Alguno lo llama 'maestro de vida interior'. Cfr. Montijo, C., 604.

